

CAPITULO XV.

Una protectora.

BEATRIZ deseaba vivamente tener una ocasión de mostrar al extranjero las simpatías que le había inspirado.

Antes de pasar adelante, conviene que el lector conozca á fondo á la mujer que tanta influencia debía tener en el porvenir de Colon.

Gracias al episodio contado por Martín Carrasco, sabemos cuál había sido la historia de sus padres.

Fácilmente se comprende que una mujer que desde niña había tenido que llorar la muerte de su madre, que había vivido en el retiro viendo todos los días en el rostro de su angustiado padre las lágrimas del más acerbo dolor, pasara de la infancia á la juventud sin haber disfrutado las purísimas alegrías, que son el privilegio de la primera en estas dos épocas, las más risueñas de la vida.

En efecto; cuando murió su madre, se encargó de su más inmediata asistencia un aya, que había sido antigua servidora de los padres de Inigo, y no pudo, porque no había sido madre y porque aquella no era su hija, despertar en su alma todo el santo cariño que una mujer inspira al fruto de su amor, ni ofrecer á sus ojos infantiles horizontes risueños.

La niña no pudo al principio apereibirse de las lágrimas que continuamente inundan los ojos de su padre.

Pero un día, á los cinco ó seis años, envidiosa porque acababa de ver á una madre acariciar á su hija, fué á buscar á su padre, y con su vocecita atiplada y posando su mano sobre las rodillas del desconsolado. Inigo:

—¿Por qué no tengo madre yo? le preguntó.

Esta pregunta fué un acerado dardo para el corazón del infeliz esposo, y no pudo contestar á ella, porque la emoción embargó su voz.

La niña, á pesar de sus pocos años, comprendió que con su pregunta había hecho daño á su padre, y sin aguardar la respuesta se retiró de su lado.

Desde aquel día temió acercarse á él, porque ignoraba si había sido su pregunta ó su presencia la que había disgustado á su padre.

Tuvo desde muy niña que ser reservada, y esta reserva fué, por decirlo así, la forma que tomó su carácter.

Criada en la soledad entre las melancólicas paredes de un antiguo castillo, sin más compañeras que las flores, que la acompañaban en la primavera y la abandonaban en el invierno, para volver á alegrar de nuevo su tierno corazón, y los pajarillos que formaban nidos en sus ventanas y la despertaban con sus gorjeos, á los diez años, al despertar su corazón para la vida, al empezar á comprender lo que pasaba en torno suyo, descubrió su pobre padre, gracias á la revelación de Elvira, la inocencia de su esposa, y deseando santificar la memoria de aquella á quien había ultrajado de tan atroz manera, no halló más medio de satisfacer su ansiedad que hablar á su hija de su madre y despertar en su alma una adoración hacia aquella mártir que desde el cielo le enviaba su perdón y velaba por la inocente niña.

Beatriz amó aquella triste memoria.

Así como su infancia había pasado en la soledad, su juventud trascurrió en medio de la más honda tristeza.

La revelacion de su padre habia herido de muerte su corazon, y como era buena y generosa, como habia permanecido su corazon mucho tiempo dormido, se despertó de pronto, pero para consagrarse exclusivamente al culto de un recuerdo y al consuelo de su angustiado padre.

La idea del amor, aunque habia cruzado por su mente y habia tratado de incendiar su alma, habia pasado desapercibida para ella, ó se habia apagado en la indiferencia que para las cosas de la vida habia adquirido á fuerza de pesares.

—El amor, se habia dicho, el amor no se albergará nunca en mi pecho; solo pueden amar los que son felices.

Todas estas ideas, todos estos sentimientos imprimieron á su carácter un sello de reserva, de dignidad, de altivez bondadosa, que fué bastante para que todos cuantos la vieran la admirasen, para que ninguno se atreviera á turbar aquella meditacion; aquella abstraccion permanente de su espíritu, con palabras que pudieran tal vez, al hacerla pensar en la alegría, herir con más fuerza las fibras de su doliente corazon.

Cuando fué presentada á la reina por su padre, y la augusta Isabel le tendió sus cariñosos brazos, halló tanto consuelo en aquel afecto de su majestad, que no creyó necesitar para vivir en el mundo más alegría que la que habia inspirado á su alma la bondad de su reina, bondad que al mismo tiempo habia ofrecido algun consuelo á su pobre padre.

En la corte, su noble presencia, su peregrina belleza, todas las privilegiadas dotes que la adornaban, habian hecho pensar á muchos nobles que la felicidad consistia en el cariño de aquella mujer.

Pero cuantos pasos habian dado para acercarse á ella, cuántas insinuaciones habian hecho para explorar la actitud de su corazon, solo habian servido para demostrarles que

sus esfuerzos serian inútiles, que aquella mujer, no solo no esperaba, sino que no queria las dichas de la tierra.

En varias ocasiones la magnánima reina, que la estimaba en mucho:

—Eres esquivia, le habia dicho; cuantos galanes se acercan á rendir tributo á tu belleza, tienen que retirarse heridos por la indiferencia de tu alma. ¿Acaso no necesita tu corazon esa segunda vida de las criaturas, que es el amor?

—Esa felicidad, señora, respondia Beatriz, es muy grande, así lo creo; pero para ser felices en el mundo, es necesario que no turben ni el presente ni el porvenir los recuerdos del pasado, y yo, señora, cuando más feliz fuese, no podria menos de recordar á mi desgraciada madre, que tan desastrosamente murió, y á mi pobre padre, que tanto ha llorado aquel momento de arrebató.

Y era verdad.

De tal manera se habia apoderado el sentimiento de su alma, que hasta en sus más pueriles alegrías no podia menos de tributar algunas lágrimas á la memoria de los autores de sus dias, ántes de entregarse á la expansion y al regocijo de un momento.

Por efecto de estas circunstancias, habia llegado hasta la época en que Cristóbal Colon llegó á Córdoba, sin que el amor hubiera podido penetrar en su pecho.

Creia en aquellos instantes haber vencido para siempre en las luchas que algunas veces se habian suscitado en su alma.

Lo creia firmemente, y sin embargo, se engañaba.

Engañosa ilusion es la que nos hace creer que no pagaremos tributo á ese dulcísimo sentimiento que constituye la esencia de la vida.

Se pueden pasar muchos años esquivando los dardos del amor; se pueden evitar las ocasiones de caer en su poder; se

puede desafiar su influencia con más ó ménos éxito; pero tarde ó temprano, en la juventud ó en la edad madura, y á veces en la caduca vejez, el amor triunfa en nuestro pecho, y cuanto más tarde hemos cedido á su influjo, mayores son los estragos que produce en nosotros.

Sin saber por qué, le habia interesado el extranjero desde el momento en que Matías, el padre de su camarista Inés, le anunció su llegada.

No sabia quién era el caballero que al salir de la catedral tuvo la suerte de recoger del suelo el lienzo que se habia caido de su mano, y sin embargo, presintiendo que podia ser Colon, ántes que su razon hablase, su corazon llevó á sus labios aquella palabra que no olvidaba el desgraciado genovés: «Guardadle.»

Más tarde, cuando su paje le anunció que deseaba impenetrar su apoyo, un vivo deseo de favorecerle, una inmensa curiosidad de saber los proyectos que le llevaban á la corte, un interes vehemente de dispensarle toda clase de beneficios, nacieron en su alma, y aunque se dijo que el sentimiento que se los habia inspirado era el de una amistad hija de la simpatía por la desgracia, la verdad es que la amistad no quita el sueño, y que Beatriz pasó, como Colon, la noche en el insomnio.

Al día siguiente estaba de servicio y fué á Palacio.

Antes de ver á su majestad tuvo ocasion de hablar con el conde de Almagros y con algunos otros nobles caballeros que estaban en la antecámara de la reina.

—¿Sabeis, señora doña Beatriz, le dijo el conde, que ha llegado á la corte un genovés muy sabio, con grandes pretensiones, y que si Dios no lo remedia, y viene aquí, como es de suponer, va á hacernos pasar ratos divertidísimos?

Beatriz comprendió que se trataba de su protegido.

—¿Decís que un genovés?.....

—Sí, señora; pero, segun parece, no viene de su tierra.

—¿De dónde viene entónces?

—De Portugal. Allí ha vivido mucho tiempo, y ha ofrecido al rey don Juan II sus proyectos; pero en aquella corte, como pasará en esta, todos se han reído grandemente de sus ilusiones, y por lo visto, como nos quieren tanto los portugueses, para que disfrutemos con él nosotros, le han aconsejado que venga aquí.

—¿Y qué proyectos son los suyos?

—Son asombrosos; cree que existen inmensas tierras en medio del Océano, tierras en las que cuando aquí es de día allí es de noche, y predice además que en sus entrañas guardan esos países fabulosos, ricos tesoros, que va ofreciendo á los soberanos, sin que ninguno le haga caso.

—¿Y llamáis ilusiones á esas creencias?

—Pues no, doña Beatriz; ¿creéis que en tantos años, y teniendo nosotros varones tan ilustres, no haya habido ninguno hasta ahora que sospeche lo que él? Por otra parte, los sabios más reputados niegan lo posibilidad de ese descubrimiento, y sin ir más léjos, ahí teneis al reverendo Fray Fernando de Talavera, el confesor de la reina, á quien ha venido recomendado ese genovés por el prior de Santa María de la Rábida, que despues de enterarse de sus proyectos y de saber sus pretensiones, en cuanto nos quedamos solos, porque varios amigos de su excelencia asistimos á la entrevista, nos hizo pasar ratos deliciosos, burlándose con esa gracia, con ese ingenio que Dios le ha dado, del pobre loco, que hasta ahora no tiene más proteccion ni más protectores que el venerable fray Juan Perez de Marchena, varon ilustre tambien, pero tan humilde, tan oscuro, que ha tenido valor para dejar el puesto de confesor de la reina, para retirarse á la soledad y vivir en el estrecho espacio de una mísera celda.

—¿Segun eso, la recomendacion no servirá de nada al extranjero?

—Absolutamente de nada; sin embargo, es un hombre lleno de fe, y para entretener nuestros ocios no tiene precio. El confesor de la reina volverá á recibirle un dia de estos, y es seguro que hasta que se desengañe y vaya á otros países haciendo el mismo ofrecimiento, nos dará espacio suficiente para pasar, oyéndole, ratos deliciosísimos.

Beatriz escuchaba con profunda indignacion las palabras de aquel hombre superficial, incapaz, no ya de comprender los grandes pensamientos del extranjero, sino ni tan siquiera de abrigar en su pecho compasion hácia él, si era verdad que se hallaba demente.

Aquel fué un nuevo incentivo para que Beatriz deseara verle, oírle y ampararle.

Entró en la cámara de la reina, y como siempre, la recibió su majestad con el mayor cariño.

—Me parece, señora, dijo Beatriz á la augusta soberana, que voy á proporcionar en breve á vuestra majestad una ocasion de hacer un beneficio.

—Ya sabes, Beatriz, que esas ocasiones son las que más ventura ofrecen á mi alma. ¿Se trata de alguna protegida?

—¡Oh! no, señora: es un protegido.

—¿Tal vez algun soldado que se ha distinguido en la guerra y desea que premie sus servicios?

—No es soldado, señora; es un pobre extranjero, que segun mis noticias, acaba de llegar á Córdoba con el propósito de someter á vuestra majestad un gran pensamiento que ha concebido, y para el cual necesitaba el apoyo de soberanos tan grandes y magnánimos como vuestra majestad y su augusto esposo.

—¿Y es extranjero?

—Sí.

—De qué nacion?

—De Génova.

—¿Tú le conoces?

—No, no señora; pero sé que ha traído una carta de recomendacion del prior de Santa María de la Rábida.

—¿De mi antiguo y buen confesor fray Juan Pérez de Marchena?

—Del mismo.

—¿Para mí?

—No, señora; tal vez el venerable anciano no se ha atrevido á molestar á vuestra majestad, y ha rogado á Fray Fernando de Talavera que interprete cerca de vuestra majestad sus vehementes deseos.

—En cuanto venga á verme, le sorprenderé preguntándole por su recomendado.

—Yo hablaré con él, y si, como creo, sus proyectos son dignos de proteccion, tendré el mayor placer en contribuir á que el pobre extranjero halle en la reina más magnánima del mundo el amparo que solicita.

Viva fué la curiosidad que estas palabras despertaron en Isabel I.

Pero tenia aquel dia que presidir su Consejo particular, porque, aunque ya con su casamiento habia sentado las bases de la unidad monárquica de España, sin embargo, Isabel, reina de Castilla, tenia su Consejo particular para tratar de los asuntos de los reinos cuyo cetro empuñaba, y los negocios le hicieron olvidar las insinuaciones de su camarista.

Beatriz aguardó en la cámara que ocupaba cuando estaba de servicio, la llegada de Colon.

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando su paje Beltran se presentó, anunciándole la presencia del extranjero.

Colon no tardó en hallarse por la primera vez frente á frente de doña Beatriz.

El hombre que habia entrado con paso seguro y majestuoso en el palacio del confesor de la reina, el génio que habia sido fuerte y habia resistido con dignidad las burlas de los comensales del ilustre prelado, al penetrar en aquella estancia adornada con régia magnificencia, al acercarse á aquella mujer en cuyo rostro se pintaba la bondad, temblaba como un niño y sentia en su rostro ese calor que nace de la emoci6n cuando el hombre se acerca por la primera vez á la mujer que, con una sola mirada, se ha apoderado de su alma.

CAPITULO XVI.

Alegría y dolor.



EL momento era solemne.

—Dispensadme, señora, dijo Colon, si me he atrevido á llegar hasta vuestra presencia para implorar vuestro amparo.

Sé que teneis un corazon generoso, sé que habeis sido desgraciada, y los que sufren saben compadecer.

—Hablad, caballero, hablad sin temor alguno, dijo Beatriz. Sois extranjero, no teneis en este país ni familia, ni amigos; por esto, y por vuestra desgracia, teneis derecho para exigir la proteccion de todas las personas que saben apreciar la virtud y el talento, y que comprenden la desgracia.

Colon, que no se habia atrevido á alzar los ojos delante de aquella hermosa mujer, cruzó con ella una mirada que avivó el fuego de su pecho.

—Pues bien, dijo; permitidme ser franco. Yo he venido á la corte de España con la esperanza en el corazon. Dios ha querido que os conozca; Dios ha querido que desde que estoy en esta hospitalaria tierra no haya escuchado más que elogiar vuestra virtud, vuestra grandeza de alma.

Un pobre padre llora á su hija perdida; la casualidad hace que sea mi guía en el viaje; me confia sus penas y llora la desgracia de su hija.

Llega á Córdoba, y sabe que Dios se ha compadecido de